

Comprendió la importancia de la meteorología para el porvenir de la navegacion y la agricultura; se dedicó á recoger observaciones importantes, y cuyos resultados comunicaba á varias sociedades sábias de América y Europa.

Y al mismo tiempo que prestaba á las ciencias útiles servicios, era el protector de las grandes empresas materiales en el Estado de Veracruz. Cooperó activamente en el establecimiento del ferrocarril y en el de las líneas telegráficas que lo unen con la capital de la República. Los últimos años de su vida los consagró Nieto á la aclimatacion y cultivo de varias plantas útiles, principalmente de la quina [*chinchona calisaya*]. Conseguida la aclimatacion de esta planta, quedaba el problema de saber si contenia los principios activos y en la proporcion conveniente para sus aplicaciones á la curacion de las fiebres. Presentada la cuestion á los químicos de Europa, por Nieto, fué resuelta favorablemente, y confirmada despues esa resolucion por la Sociedad Mexicana de Historia Natural.

La planta de la quina tiene ya su patria en México, y se ha propagado con rapidez en los lugares vecinos de Córdoba, en donde la gente pobre usa hasta de las hojas para la curacion de las intermitentes, con buenos resultados. La Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística prestó á Nieto su valioso concurso, ora ministrándole fondos, ora pidiendo á Europa semillas y cuanto deseaba; y como si eso no bastase, ha procurado difundir el cultivo de la quina en todos los climas del país.

Objeto de vivas atenciones para Nieto fué la Sociedad Mexicana de Historia Natural: le remitió para su biblioteca magníficas monografías del ramo entomológico, y tuvo un grande interes en que se sostuviera la publicacion intitulada *La Naturaleza*, periódico científico de esta Sociedad.

Tantos y tan útiles trabajos no podian quedar sin premio. Las sociedades sábias tributaron á Nieto los homenajes de su respeto. En 1855, la Exposicion Universal de Agricultura, Industria y Bellas Artes de Paris, le concedió una medalla de tercera clase: en 1856 recibió el diploma de miembro corresponsal de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística: en 1860 de

la Entomológica de Francia: de la Meteorológica del mismo país en 1861: honorario de la de Geografía y Estadística de México, en 1864: de la Entomológica de Filadelfia en 1866: corresponsal de la Sociedad Imperial de Aclimatacion de Francia en 1869, y titular de la misma en el propio año. La Sociedad Mexicana de Geografía le dió un *voto de gracias* por haber aclimatado en la República la benéfica planta de la quina que floreció por primera vez en nuestro suelo el dia 24 de Noviembre de 1859. Recibió una medalla de tercera clase de la Sociedad de Aclimatacion de Francia, por el mismo motivo, en 1870, y otra medalla de primera clase, otorgada por la Sociedad Mexicana de Historia Natural, en sesion pública de 10 de Abril de 1874, *por la introduccion de varios vegetales en México*. Tambien obtuvo una medalla de oro *Al mérito industrial*, en la Exposicion general de México.

Los naturalistas mexicanos Villada y Peñafiel dedicaron á Nieto una especie nueva de cantárida descubierta por ellos en el Estado de Hidalgo en 1864, y su memoria ha sido honrada por varias sociedades científicas, despues de su muerte, acaecida en Córdoba el dia 21 de Diciembre de 1873.

NÚÑEZ MIRANDA, Antonio.

Por su portentosa erudicion, no ménos que por los eminentes servicios que á la civilizacion prestó el jesuita zacatecano D. Antonio Núñez Miranda, ha merecido que su nombre se registre en varias obras con merecidos elogios. Nosotros no queremos defraudar á Zacatecas una de sus glorias más legítimas omitiendo la biografía del ilustre sacerdote.

Nació en el Fresnillo, el 4 de Noviembre de 1618, hijo del

capitan Diego Núñez de Miranda y de la Sra. D^a Gerónima de Valdecañas, personas nobles y que fueron de los primeros pobladores de aquel Mineral.

Hizo sus primeros estudios en el colegio de los jesuitas de Zacatecas, y en seguida vino á México al colegio de San Ildefonso, donde estudió Filosofía y Artes con aprovechamiento no comun. El 10 de Agosto de 1639 profesó como jesuita. Pasó á Morelia como catedrático de gramática, y al volver á México se consagró á terminar sus estudios, sosteniendo un acto lucidísimo de teología y de ambos derechos.

Dedicóse despues al profesorado, con gran fruto, en Tepozotlan y en otros colegios de la Compañía, así de México como de Guatemala, pues jamás rehusó ser trasladado de una parte á otra.

El padre Núñez tenia una memoria asombrosa. "Su erudicion—dice un biógrafo—era tan vasta, y tal su dedicacion al estudio, que adquirió, como en otro tiempo el sapientísimo jesuita padre Francisco Torres, el sobrenombre de *Hellus Librorum*, ó tragador de libros; y lo que es muy notable, su memoria era tan feliz, que, con asombro general, aprendía y conservaba presente cuanto una vez leía, al grado que, cuando presidia los actos mayores usados entre los jesuitas, y que duraban todo el dia, bien se guardaba cualquiera de los réplicas de citar en apoyo de su argumento algun texto falsificado ó doctrina alterada, pues al momento, aunque con suma modestia, reclamaba el padre Núñez el fraude, quedando siempre vencedor cuando se insistia en dar por cierta la autoridad alegada. No debe parecer extraño, por lo mismo, que uniéndose tanta sabiduría á la elevada virtud de nuestro jesuita, hubiese sido en su época el oráculo general de todos los sabios, el director, en fin, en todos los negocios más difíciles é intrincados."

Otro escritor antiguo dice así del padre Núñez:

"La Inquisicion de México y la suprema de Sevilla lo ocupaban en las más serias consultas. De su prudencia no es prueba tan concluyente su buen gobierno en calidad de rector del Colegio Máximo y de provincial, como la direccion espiritual de la

célebre poetisa Sor Juana Inés de la Cruz, desde que la trasladó del noviciado de Santa Teresa al de San Gerónimo, bajo cuya regla pudo profesar. Otro que no hubiese sido el padre Núñez, habria violentado su inclinacion á las letras humanas reduciéndola al Kempis y á otros autores ascéticos; pero este jesuita supo conciliar los santos carismas de un esposo sobrenatural y los entretenimientos del juicio con la imaginacion. La veia pasar del monte de Oreb al Parnaso; y como no la encontraba pervertida con las ilusiones de la fábula, consentia que volviese á abastecerse de imágenes sublimes para expresar sus pensamientos."

En efecto, al padre Núñez deben agradecer los amantes de las letras, que no hubiese violentado la inclinacion de Sor Juana á la poesía. La célebre monja es una de las glorias más hermosas de México, y de ella nos habria privado algun confesor de espíritu ménos ilustrado que el del sabio jesuita. Aun cuando no fuese más que por esta circunstancia, conservariamos con empeño su nombre.

El padre Núñez fué confesor de varios vireyes, entre ellos el duque de Baños y el marqués de Mancera, sin que emplease jamás el influjo que tal carácter le daba, en los asuntos del gobierno. Refiérese á propósito el hecho siguiente. Habia confesado al virey Mancera el Miércoles Santo, en la capilla real, para que pudiera comulgar al dia siguiente en los oficios. Retiróse en seguida el padre Núñez á su colegio, á dar confesion en la puerta de su aposento, y estando allí, rodeado de una multitud de pobres, llegó un alabardero con recado del virey, de que fuese en el acto á palacio. El padre continuó confesando, y pasadas dos horas notó cierta conmocion, y vió frente á él á Mancera, que ocupó un lugar entre los penitentes, y al tocarle su turno preguntó al padre Núñez si no le habia visto. El jesuita le contestó que en el tribunal de la penitencia no habia jerarquías; que le habia visto, pero como sobraba quienes quisiesen reconciliar al virey de la Nueva España, habia él seguido atendiendo á los pobres, que sólo le tenian á él. Rasgo es éste que no necesita encomios.

El padre Núñez era incansable tratándose de hacer el bien.

Socorria á multitud de pobres, solicitando él limosnas al efecto; visitaba los hospitales y las cárceles, llevando el consuelo á los desgraciados; acompañaba á los moribundos, y para decirlo en una sola frase, era el tipo acabado, perfecto, del discípulo de Jesucristo.

Mejoró varios templos, y obtuvo donativos cuantiosos, que empleó en los colegios y en varios establecimientos de beneficencia.

Tan provechosas tareas demandaban tiempo considerable; sin embargo, el padre Núñez tuvo el necesario para dejar numerosos escritos. Beristain registró en su *Biblioteca* infinidad de las obras publicadas por el sabio y virtuoso jesuita; obras cuyos títulos no consignamos, porque de hacerlo, llenaríamos una larga página, y creemos que lo expuesto es suficiente para que el lector reconozca la justicia con que consagramos este recuerdo á varon tan ejemplar.

El padre Núñez falleció en la ciudad de México el 17 de Febrero de 1695, de cerca de setenta y siete años de edad; de los que cincuenta y ocho fueron empleados en las nobilísimas acciones de que acabamos de hacer compendiada relacion.



OCHOA Y ACUÑA, Antonio.

D. Anastasio Ochoa y Acuña, que es entre los poetas mexicanos uno de los que con mejor éxito han cultivado el género satírico, nació en el pueblo de Huichapam (Estado de Hidalgo), el 27 de Abril de 1783, hijo de D. Ignacio Alejandro Ochoa y de Doña Ursula Sotero de Acuña, naturales ambos de España.

Nuestro poeta hizo en su pueblo natal los estudios primarios, y viniendo despues á México, entró á cursar gramática latina en el estudio público del Dr. D. Juan Picazo, obteniendo el primer premio por la admirable facilidad con que traducía las obras clásicas. Estudió filosofía en el colegio de San Ildefonso, y en la Universidad, cánones y teología; aprendiendo al propio tiempo los idiomas francés, inglés é italiano, cosa no comun en aquella época.

Su amor á las bellas letras revelóse desde temprano. El 17 de Mayo de 1806 apareció en el *Diario de México* su primera letrilla satírica, que fué recibida con aplauso. En 1811 fué recibido en la Arcadia mexicana, reunion de los literatos más distinguidos. Ochoa continuó publicando sus composiciones bajo el seudónimo de Antimio. En el propio año dió al teatro una tragedia intitulada "D. Alfonso."

En 1813 obtuvo una beca de gracia en el Seminario Conciliar, con el objeto de ordenarse, como lo verificó tres años despues. En 10 de Agosto de 1817 fué nombrado cura interino del Puelito (Querétaro), en cuyo puesto permaneció más de un año, pasando en seguida al curato de la parroquia del Espíritu Santo, que se le dió en propiedad en 1820.

Revisó y publicó sus numerosas producciones, y formó con ellas dos tomos que se publicaron en Nueva York en 1827, con el título de "Poesías de un mexicano."

Siguió Ochoa incansable en sus trabajos literarios y tradujo el "Facistol" de Bailan, en romance endecasílabo, y después tomó parte en la traducción de la Biblia de Vence que publicó Galvan; tradujo las Herodías de Ovidio y comenzó á escribir unas cartas en prosa, intituladas "Cartas de Odalmira y Elisandro." Admirador de las obras maestras de todos los idiomas, intentó poner en octavas castellanas el célebre poema de Fenelon, el "Telémaco," que casi llegó á concluir. Tradujo del mismo idioma el "Bayaceto" de Racine; del italiano, la "Virginia" de Alfieri; del latín, la "Pénelope" del padre Andrés Friz; arregló la "Eugenia" de Beaumarchais, y escribió en prosa una comedia original: el "Amor por apoderado."

Víctima del cólera-morbo, falleció el 4 de Agosto de 1833.

Ochoa es indudablemente el primer poeta satírico que tuvo México. Sus obras reúnen la gracia á la corrección, la utilidad al recreo y á la viveza la oportunidad, como dice con acierto Arróniz, agregando que podía llamársele el Iglesias ó el Villegas mexicano. Todavía en nuestros días son populares sus epigramas, letrillas y sonetos. Extenso y concienzudo estudio ha consagrado á Ochoa el notable crítico Pimentel en su "Historia de la literatura mexicana," tributándole los más cumplidos elogios.

Otro escritor académico, el Sr. Alcaraz, hablando de las obras de Ochoa dice: "Al abrir el libro, al ponerse á leer sus letrillas sus epigramas, sus sonetos, todo se olvida para no pensar más que en aquello que se propone satirizar; la risa viene por sí sola, y no se piensa ya en más que en hacer las alusiones picarescas que naturalmente se ocurren, interrumpiendo á cada paso la lectura con estrepitosas carcajadas que son la mayor alabanza del que las promueve. Lo fácil de la versificación, lo salado de las ideas, lo fino y burlesco de la crítica, todo, todo nos saca de nosotros mismos y nos hace exclamar involuntariamente que tenemos un poeta popular, un poeta que describiendo nuestros usos y costumbres, y valiéndose de nuestras expresiones y ada-

gios más triviales, ha sabido agradar á todas las clases de la sociedad."

En concepto del Sr. Alcaraz en nada aventajan las celebradas letrillas de Góngora y de Quevedo á varias de Ochoa; en cada uno de sus epigramas halla un pensamiento profundamente satírico, delicado y fino, como en los mejores de Marcial ó de Iglesias; cree que sus sonetos pueden colocarse entre los mejores que de este género posee la poesía castellana y que son comparables á los del fecundo Lope de Vega; y hace de sus traducciones los mayores elogios, terminando con estas palabras: "Vivió para enseñarnos que hay un ramo de la poesía castellana, ramo bellissimo que debemos cultivar si queremos llegar á poseer algun día un repertorio de poesía popular, y su nombre nos queda para que cuando aquella esté en su mayor grado de esplendor, aparezca rodeado de la aureola de gloria que, como al primero, se le debe."

Varias personas consagradas al cultivo de las letras y que juzgan un deber honrar la memoria de los que en tan noble tarea les precedieron, celebraron hace un año una velada en la poética ciudad de Orizaba como un homenaje á Ochoa en su primer centenario, y en la capital de la República que se vanagloria de ser el centro de la ilustración mexicana, tan sólo nosotros recordamos al ilustre satírico, publicando en el periódico *La Libertad* estos apuntamientos biográficos.

OLAGUÍBEL, Francisco M. de.

La ciudad de Puebla, cuna tantas veces de varones distinguidos, debe gloriarse de haberlo sido del Lic. D. Francisco Modesto de Olaguíbel que tan justos títulos tiene á la pública estimación.

Nació el 12 de Febrero de 1806, siendo sus padres D. Hilario de Olaguíbel y Santelices, vizcaino, y D^a Guadalupe Martínez de la Peña. Hizo sus estudios en el Seminario Palafoxiano de Puebla, de 1817 á 1824, obteniendo siempre las más honrosas calificaciones y sustentando con lucimiento varios actos públicos. En 1825 vino á la capital de la República á practicar para ejercer la profesion de abogado, y en los primeros meses de 1827 se presentó á exámen y obtuvo el título correspondiente, regresando en seguida á la ciudad natal, en la que fué alcalde y desempeñó varios cargos concejiles.

Volvió á México en 1833 y fué nombrado catedrático de Historia en el Colegio de estudios ideológicos y humanidades, en cuyo puesto permaneció apénas un año, por haber el gobierno decretado la supresion del establecimiento en Octubre de 1834.

Unido á Pesado, á Ortega y á Coutó, redactó *La Oposicion*, en 1835, defendiendo los principios liberales y atacando con energía las arbitrariedades del gobierno. Éste vengóse haciéndole sufrir las amarguras del ostracismo, púsole preso varias veces y le causó todo género de males.

A consecuencia de la derrota del general Mejía en Acajete, Olaguíbel tuvo que expatriarse en 1839, pasando á los Estados Unidos, en donde sufrió el horrible peso de la miseria. Vuelto á la República al año siguiente, comenzó para él una época agitada, es verdad, pero en la que tuvo ocasion de revelar su valor civil y su elocuencia. Electo varias veces senador y otras diputado, fué campeon ardoroso y decidido de las ideas democráticas más avanzadas.

Electo gobernador del Estado de México en 1846, nombró consejeros á personajes tan distinguidos como Ramirez, Prieto, Iglesias y Escudero. Inolvidables fueron los servicios que el Estado le debió entónces, y quizá el mayor de todos, la creacion del Instituto Literario.

En medio de la azarosa situacion creada por la presencia odiosa de los invasores americanos, Olaguíbel abrió el Instituto, y llegó su entusiasmo al extremo de ordenar á todos los empleados que asistiesen á las cátedras de idiomas allí establecidas.

Cuando los americanos se aproximaron á Toluca el 7 de Enero de 1848, fué forzoso al gobierno del Estado emigrar, y causó á Olaguíbel tan profunda pena separarse del Instituto, que al despedirse de los catedráticos se le arrasaron los ojos de lágrimas. Léjos de Toluca, siguió impartiendo al Instituto su tierna y eficaz solicitud. Terminada la guerra, visitó con frecuencia su predilecto plantel; hizo allí mismo el despacho de los negocios no pocas veces; tomaba los alimentos mismos de los alumnos internos, hacia regalos á éstos, y les animaba constantemente.

Su patriotismo le colocó entre los defensores más ardientes de la integridad del territorio, le condujo á los campos de batalla y le hizo ser uno de los pocos gobernadores que en 1847 y 1848 salieron, personalmente, á la campaña, con las fuerzas de sus Estados. Por esta conducta fué condecorado con la cruz del Valle de México. En esa misma época se hizo notable en la tribuna parlamentaria, por su energía, por su independecia, y por su probidad. Su palabra era apasionada y brillante, y habia en él tal caballerosidad, tanto miramiento, que á veces formaba contraste con lo que expresaba el fondo de sus discursos, segun el juicio de los que muchas veces le escucharon.

En 1853 pertenecia al Senado cuando D. Juan B. Cevallos disolvió aquel cuerpo. Olaguíbel, entónces, lo reunió en su propia casa, y fué allí de nuevo á disolverlo el poder, reduciendo, con arbitrariedad inaudita, á prision á varios de sus miembros.

En Noviembre del mismo año fué objeto de las iras de Santa-Anna, y fué condenado otra vez al destierro. Sufriendo las consecuencias de la expatriacion se encontraba al triunfar la revolucion de Ayutla. Comonfort le designó entónces para representante de México en Francia, con el carácter de Ministro plenipotenciario, cargo que desempeñó con talento y con lealtad; y noble y generoso, sirvió con empeño y auxilió á cuantos compatriotas suyos ocurrieron á él en sus necesidades, aun á sus enemigos personales á quienes Comonfort habia desterrado y apuraban en Paris los mismos sufrimientos que él habia experimentado en idénticas circunstancias. Olaguíbel era por naturaleza inclinado á hacer el bien, y esas inclinaciones se habian

robustecido en la escuela del infortunio. Entre los jóvenes mexicanos que por aquel tiempo se hallaban en París, se contaba al que después llegó á conquistar gran renombre: á Leandro Valle, de quien hablaremos en su lugar. Valle carecía de los recursos necesarios para vivir bien en el extranjero, y al resolver regresar á la patria no habría podido lograrlo si Olaguíbel no le hubiese costado de su peculio el viaje.

Después de ocho años de ausencia volvió Olaguíbel á la República en Julio de 1861, y á poco fué electo diputado y después desempeñó el cargo de Procurador general de la Nación, revelando en este último puesto profundo conocimiento de las leyes, integridad nunca desmentida y deseo ferviente de favorecer á las clases desvalidas.

Ocupada la ciudad de México por los franceses en 1863, Olaguíbel, que se hallaba escaso de recursos pecuniarios, no pudo seguir al Gobierno, y con pesar profundo se resignó á vivir en la capital, llegando al extremo de no querer ejercer su profesión de abogado ante los tribunales aquí establecidos. Víctima de inmensos dolores, en la mayor pobreza, afligido por las grandes desgracias de la patria, falleció Olaguíbel el 25 de Mayo de 1865.

Uno de sus biógrafos dice así:

“Como abogado, llegó á tener el Sr. Olaguíbel uno de los primeros bufetes de México, haciéndose notable por su erudición en la ciencia del derecho y por su energía para defender los intereses que se le confiaban, sobre todo cuando patrocinaba á los pobres.

“Como hombre político, la abnegación y el desinterés fueron su norma, y una de sus cualidades más notables fué un valor civil extraordinario, del que siempre dió pruebas en su larga y azarosa vida política.

“Pocos son los hombres que al concluir su existencia pueden ingresar á la eternidad como D. Francisco Modesto Olaguíbel, con la conciencia segura de haber llenado siempre sus deberes como individuo particular y pudiendo ver delante de sí su carrera pública llena de méritos y sin una sola mancha.”

Dijimos ya que Olaguíbel fué uno de los redactores de la

Oposición, y nos resta consignar que en el *Mosaico mexicano*, en el *Siglo XIX* y en el *Monitor Republicano* se hallan también algunos escritos suyos. Merecen ser citadas igualmente sus notas á las Instituciones de Derecho del Dr. Alvarez, notas en las que Olaguíbel dejó ya entrever los principios progresistas que han servido de apoyo á las leyes de Reforma.

Tal es, á grandes rasgos escrita, la vida del distinguido jurista y probo ciudadano D. Francisco Modesto de Olaguíbel, uno de los más hábiles gobernantes que ha tenido el Estado de México. Terminamos aquí si no juzgáramos oportuno rendirle un nuevo homenaje, consignando en este lugar que no sólo dejó la imperecedera memoria de sus virtudes, sino también un hijo, honra hoy de la judicatura y de las letras patrias: el Lic. D. Manuel Olaguíbel.

La inteligencia, el amor al estudio, el patriotismo y la honradez, que fueron las dotes que más brillaron en el autor de sus días, halláanse reunidas en él, y cuando llegue una época en que el verdadero mérito prive en todas las esferas sociales, será, á no dudarlo, uno de los hombres prominentes de nuestra patria.

OLIVAN REBOLLEDO, Juan.

Americano esclarecido por su doctrina, por su virtud y sus empleos, llama Beristain á D. Juan Olivan Rebolledo, y aunque de él no poseemos sino brevísimas noticias, creemos que no debe omitirse su nombre en esta galería, pues fué sin duda uno de los mexicanos que por sus méritos incontestables, logró alcanzar elevados puestos, á pesar de haber nacido en nuestro suelo en una época en la que fuera de la Iglesia no era dado á nuestros compatriotas competir con los dominadores del país.

Nació Olivan Rebolledo en Coatepec (Estado de Veracruz), el 6 de Agosto de 1676. Hizo sus estudios en el Colegio de Santa María de Todos Santos en esta ciudad, alcanzando por sus